

CARLOS GAMERRO

ISBN 978-950-00-0000-0
© 2012 SUDAMERICANA EDITORA S.A.
Todos los derechos reservados.
Impreso en Argentina
Diseño: [illegible]

Facundo O Martín Fierro

LOS LIBROS QUE INVENTARON LA ARGENTINA

Facundo
O
Martín Fierro

Los libros que inventaron la Argentina son los que marcaron el espíritu de una nación. Desde el primer libro de Facundo Bernaldo de Quirós hasta el último de Martín Fierro, cada obra ha sido un hito en la historia literaria del país. Estos libros no solo reflejaron la realidad social y política de la época, sino que también moldearon la identidad nacional y el sentido de pertenencia de los argentinos.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

© 2012 SUDAMERICANA EDITORA S.A.
Todos los derechos reservados.
Impreso en Argentina

www.sudamericana.com.ar
950-00-0000-0

SUDAMERICANA EDITORA S.A.
Buenos Aires, Argentina

autor barroco que llevaba adentro, era perfectamente consciente de esta falencia; en uno de sus cuentos menores, "El duelo", incluido en *El informe de Brodie*, dice de una de sus protagonistas:

Los diarios habían puesto a su alcance páginas de Lugones y del madrileño Ortega y Gasset; el estilo de estos maestros confirmó sus sospechas de que la lengua a la que estaba predestinada es menos apta para la expresión del pensamiento o de las pasiones que para la variedad palabreira.

Por eso, también, Borges es el mejor filósofo del mundo de habla hispana. O más bien, dado que el mundo de habla hispana parece constitutivamente incapaz de producir filósofos, y que Borges ciertamente no lo era,¹⁵⁷ es lo más parecido a un filósofo original que la cultura hispánica haya producido hasta ahora.

Alguna vez dije, a modo de chiste pero no tanto, que mi método para escribir ensayos críticos es: primero escribo como me sale, a vuelo de pluma o más bien de teclado, y después al corregir voy tachando todas las citas de Borges, todas las que puedo. La presencia de Borges en este libro, entonces, no se limita a los dos capítulos que siguen; él le ha suministrado el título y la premisa que lo guía, y sus ideas, muchas veces en sus palabras, están presentes en la mayoría de los capítulos sobre sus contemporáneos y los autores que lo precedieron. Pero tampoco aquí se agota su presencia; cuando paso a ocuparme de los autores que él no leyó — desde el Che Guevara en adelante, más o menos —, lo hago, quiera o no quiera, utilizando sus instrumentos, echando a andar una versión aproximada de su máquina de lectura y tratando, en la medida de mis posibilidades, de pensar en español como él nos enseña.

¹⁵⁷ O lo era, pero en la línea de la *Philosophie des Als Ob* ('Filosofía del como si') de Hans Vaihinger (Leipzig, F. Meiner, 1922).

BORGES O PERÓN

Borges a veces parece defender, en sus textos, posturas o puntos de vista irreconciliables entre sí y hasta antitéticos. Así, en algunos cuentos supo enaltecer el culto del coraje y optar por la barbarie gaucha ("Hombre de la esquina rosada", "El fin", "El sur") y deplorarla en otros ("Historia de Rosendo Juárez", "La noche de los dones"). Pudo ponerse platónico y proponer que no somos más que un sueño soñado por otro ("Las ruinas circulares", "Everything and Nothing") y también resignarse a aristotélico y admitir que nada podemos contra el peso de lo real ("Nueva refutación del tiempo", "La espera"); proponer que la historia es circular, y que fenómenos como el nazismo son una mera repetición de otros pretéritos — "Inglaterra y América libraron contra un dictador alemán, que se llamaba Hitler, la célica batalla de Waterloo", leemos en "El otro" —, o admitir que es lineal y cabe en ella lo nuevo y nunca visto, como el nazismo ("*Deutsches Requiem*"); es capaz de fustigar el fascismo y el antisemitismo, tanto el local como el extranjero ("El milagro secreto", "La muerte y la brújula"), y de ponerse en el lugar de un criminal de guerra nazi (nuevamente, "*Deutsches Requiem*"). Por eso, cada vez que me preguntan: 'Cuál es la opinión, cuál la postura, de Borges sobre tal o cual punto?', mi respuesta suele ser que 'depende del texto'.¹⁵⁸ Esto no quiere decir que Borges sea un indeciso ni un oportunista ni un

¹⁵⁸ Bioy Casares, que lo conocía mejor que yo, opinaba parecido: "Me siento esclavo de mi verdad y Borges acepta la verdad que le parezca mejor para el texto". Citado en Villordo, Oscar Hermes, *Genio y figura de Adolfo Bioy Casares*, Buenos Aires, Eudeba, 1983.

relativista; tampoco puede hablarse, en términos estrictos, de una evolución en su pensamiento (hay, sí, vaivenes que acompañan nuestra historia y la del mundo, algunos de los cuales consigno en el capítulo "Borges y los anglosajones"). Es otra cosa, un combinacionista. Juega a agotar todas las permutaciones de un número determinado de elementos, como en los ciclos del eterno retorno de Nietzsche, que tendrán fatalmente que repetirse una vez que los elementos que componen el mundo hayan agotado todas las combinaciones posibles. En la escritura de Borges, estas múltiples posibilidades se despliegan no tanto en el tiempo, como en Nietzsche, sino en el espacio; por eso, su símbolo definitivo será siempre la biblioteca de Babel, ese ámbito que agota las posibilidades combinatorias de un número determinado de letras y por lo tanto abarca *todo* lo que se puede expresar mediante palabras, en todas las lenguas posibles. La biblioteca de Babel es, de alguna manera, la biblioteca de Dios (recordemos que ésta no fue creada por los hombres, sino que los precede). Así como el lector humano apenas puede leer una fracción de los libros de la biblioteca, la mente humana apenas podría proponerse agotar las posibilidades de una ínfima fracción del universo; la capacidad de verlo todo — no sólo todo lo que es sino todo lo que podría ser, o haber sido — corresponde a Dios únicamente: "Su eternidad registra de una vez (*uno intelligendi actu*) no solamente todos los instantes de este repleto mundo sino los que tendrían su lugar si el más evanescente de ellos cambiara — y los imposibles, también. Su eternidad combinatoria y puntual es mucho más copiosa que el universo", leemos en "Historia de la eternidad". En sus aproximaciones tentativas a la ecuanimidad de la mente divina, Borges muchas veces ensaya defender, en la ficción, posturas de las que abomina en sus intervenciones públicas, y viceversa. Los pronunciamientos de Borges contra el fascismo y el antisemitismo, por ejemplo, fueron siempre notorios y claros, pero en "*Deutsches Requiem*" se pone en el lugar del criminal de guerra nazi Otro Dietrich zur Linde, que justifica todo lo actuado. "La escritura del Dios" cuenta otro proceso de genocidio y destrucción cultural, esta vez desde la perspectiva de la víctima; el sacerdote maya Tzinacán alcanza, al cabo de una larga vigilia, un éxtasis místico en el que entiende que "yo era una de las hebras de esa trama total, y Pedro de Alvarado, que me dio tormento, era otra". Conversamente, un español dirá en "El conquistador":

"No importa lo demás. Yo fui valiente", donde "lo demás" es nada menos que la destrucción de las gentes y las culturas precolombinas. Una y otra vez, Borges aspira siquiera a vislumbrar lo que abarca la mirada de Dios, que iguala el gesto del bárbaro que se pasa al bando civilizado y el de la inglesa que se hace india — "El anverso y el reverso de esta moneda son, para Dios, iguales", leemos en "Historia del guerrero y de la cautiva" — y se muestra prescindente ante las disputas teológicas: "En el paraíso, Aureliano supo que para la insondable divinidad, él y Juan de Panonia (el ortodoxo y el hereje, el aborrecedor y el aborrecido, el acusador y la víctima) formaban una sola persona".¹⁵⁹

Habiendo dicho todo esto, habiendo exaltado la amplitud de la mente borgeana — amplitud que le es en parte connatural y en parte el resultado de la aplicación del método de las permutaciones sistemáticas —, hay que decir que todo tiene un límite. Debe haber algo que detenga este frenesí combinatorio, esta frenética multiplicación y disolución de moléculas, esta insensata pululación de partículas; una moneda que, como el disco de "El disco", no tenga su reverso, su contracara; un yin sin yang; un blanco sin negro; algo que ni siquiera la mente omniabarcadora de Dios o la visión omnicomprendensiva del místico sean capaces de integrar en la trama del universo. Ese algo es el peronismo. No hay, en la Biblioteca de Babel — ni siquiera en la Biblioteca de Babel — lugar para *La razón de mi vida*. No habrá nunca un cuento en que Aramburu y Perón sean, para Dios, iguales. Nunca habrá un Otto Dietrich zur Linde peronista. Nunca se ensayará una justificación del coraje como valor absoluto que tome de ejemplo a un militante montonero. La respuesta a la pregunta "¿Qué piensa Borges del peronismo?" no 'depende del texto', siempre será una condena absoluta y sin reservas.

Este carácter absoluto del rechazo de Borges por el peronismo ya ha sido señalado, entre otros, por Jorge Panesi: "El peronismo es la piedra de toque de las convicciones políticas de Borges; no hay para

¹⁵⁹ "Los teólogos". Si no hubiera sido escrito por Borges en 1947, este cuento podría leerse como alegoría de las luchas internas del peronismo de los tempranos años setenta (no ya a partir de 1973, cuando, como bien sabemos, 'Dios' optó por uno de los dos bandos).

él matices contempladores en las condenas absolutas al régimen".¹⁶⁰ Hasta tal punto es esto cierto que Borges abjurará de sus convicciones más arraigadas, con tal de no cambiar las que tiene sobre el peronismo. El ejemplo más claro se da en su actitud hacia la democracia; hasta 1955 define al peronismo como dictadura y lo ataca en el nombre de la democracia; pero a partir de esa fecha, cuando se hace evidente que las dictaduras son la única barrera contra el peronismo y que cualquier elección limpia lo traerá de vuelta, el ímpetu demográfico de Borges se va atenuando progresivamente, hasta desaparecer por completo a partir de 1973, cuando la democracia finalmente haga realidad su peor pesadilla; en abril de ese año dirá a la revista *Siete Días*: "Pienso que el país está en decadencia desde la Ley Sáenz Peña",¹⁶¹ y en diciembre de 1977, ya después del golpe de Estado, a la revista *Somos*: "Por el momento, somos indignos de la democracia".¹⁶² El crispado clímax de esta serie aparece en el prólogo de *La moneda de hierro*, en la tristemente célebre frase: "Me sé del todo indigno de opinar en materia política, pero tal vez me sea perdonado añadir que descreo de la democracia, ese curioso abuso de la estadística", y como para que no queden dudas deja asentada la fecha: 27 de julio de 1976, dos meses después del golpe. Más adelante, al enterarse de los crímenes de la dictadura, Borges abjuraría de esta frase en una nota titulada "El último domingo de octubre", publicada en *Clarín* el 22 de diciembre de 1983:

Escribí alguna vez que la democracia es un abuso de la estadística [...] El 30 de octubre de 1983 la democracia argentina me ha refutado espléndidamente.

Dada su costumbre de revisar constantemente su obra pasada, sea por razones estéticas o ideológicas, es una lástima que se le haya pasado borrar de sus *Obras completas* la frasecita de marras. Lo digo sin ironía, esta recantación de sus posturas antidemocráticas fue sin

¹⁶⁰ Panesi, Jorge, "Borges y el peronismo", en Korn, Guillermo (ed.), *ob. cit.*

¹⁶¹ Citado por Galasso, Norberto, *Jorge Luis Borges, un intelectual en el laberinto semicolonial*, Buenos Aires, Colihue, 2012.

¹⁶² Citado por Galasso, N., *ob. cit.*

duda sincera, aunque también relativa; la victoria radical en las elecciones de 1983 le permitió deplorar la dictadura y volver a hacer profesión de fe democrática sin abjurar de su detestación del peronismo, y la suerte —la suya y la nuestra— quiso que muriera antes del regreso de éste al poder, ahorrándonos una nueva sarta de opiniones gorilas o —lo que habría sido todavía peor— una moderación de éstas ante el hecho novedoso de un peronismo 'civilizado' en menemismo.

Algo parecido sucede con su mundo de guapos, orilleros y gauchos; Borges condensa su "veneración atolondrada de los hombres del hampa" que "contribuyó sin saberlo y sin sospecharlo a esa exaltación de la barbarie que culminó en el culto del gaucho, de Artigas y de Rosas" (la cita, sabemos, es de 1974, y alude de manera inequívoca a la reinante 'barbarie' peronista). Ésta es una conversión todavía más sorprendente, porque en este caso el peronismo obliga a Borges a abjurar de sí mismo y de buena parte de su obra (abjuración que, aclaremos, fue sólo de la boca para afuera; Borges no eliminó ninguno de estos textos 'bárbaros' de sus *Obras completas*, ni siquiera el por él tan vilipendiado "Hombre de la esquina rosada", ni tampoco sus cuentos de guerreros anglosajones, que tenían la ventaja de ser corajudos y bárbaros pero inocentes de todo peronismo).

Otra abjuración bastante sorprendente es la de la distancia irónica; su aborrecimiento del peronismo es tan físico y visceral que, para hablar de él, deja de lado su habitual *sang-froid* y humorismo *tongue-in-cheek* para ponerse guarango, vulgar y —casi inaudito en él— también poco ingenioso e inteligente: "En verdad, eran cretinos y criminales, él y su hada rubia, su prostituta".¹⁶³ "Si me lo encontrase a Perón, mi obligación sería matarlo. Si tuviera coraje, lo mataría."¹⁶⁴ Cuando de peronismo se trata, Borges se abstiene de ensayar la lógica combinatoria; éste equivale, para él, a una configuración fija de elementos, no pasible de permutación alguna; así, renuncia a lo que

¹⁶³ Borges, Jorge Luis, en *L'Événement du Jeudi*, n° 85, 19 de junio de 1986. Citado por Galasso, N., *ob. cit.*

¹⁶⁴ Borges, Jorge Luis, en *Pregón*, 20 de marzo de 1964. Citado por Galasso, N., *ob. cit.*

constituye uno de los aspectos más fulgurantes de la mente borgeana, su capacidad imaginativa: "Yo no puedo imaginarme a un peronista".¹⁶⁵

Esta debilidad imaginativa se revela en "La fiesta del monstruo", el cuento que Borges y Bioy escribieron desde la perspectiva de un peronista, y que sigue, en los hechos, a "El matadero" de Echeverría — un joven intelectual, judío en este caso, es lapidado por negarse a vivir al 'Monstruo', el nunca nombrado Perón — y, en su estrategia retórica, a "La refalosa" de Ascasubi — uno de cuyos versos, "Aquí empieza su aflicción", le sirve de epígrafe —: se le da la palabra al 'monstruo' peronista para que él solo se condene (el pez por la boca muere). Pero si en aquellos textos el lenguaje del otro se recreaba de modo poderoso y convincente, los peronistas o monstruistas de Borges-Bioy hablan una lengua artificial, barroca, que no remite a nada exterior a ella, preciso correlato verbal de la irrealidad que Borges atribuía al peronismo. Los partidarios del monstruo, por otra parte, lejos de ser fanáticos fundamentalistas, son una manga de vivos que tratan de rajarse cada vez que aparece la oportunidad y que — en consonancia con un siempre vigoroso mito gorila — sólo participan de la manifestación porque los sobornan o los obligan; berkleyanamente, Borges convierte su frase "yo no puedo imaginarme a un peronista" en "los peronistas no existen". Lo que se nos propone como hecho emblemático, la lapidación del joven intelectual, es también una fabricación; al hacer que los monstruos ataquen a un judío, Borges y Bioy pretendían vincular al peronismo con el nazismo, pero el peronismo nunca se caracterizó por una persecución sistemática

¹⁶⁵ Borges, Jorge Luis, en Sorrentino, Fernando, *Siete conversaciones con Jorge Luis Borges*, Buenos Aires, Casa Pardo, 1973. La cosecha más abundante de frases gorilas se halla sin duda en el *Borges* de Bioy Casares, que recoge momentos de las conversaciones privadas de ambos y algunos de sus amigos. Pero son citas que deben manejarse con cuidado, no porque dudemos de la palabra de Bioy, quien sin duda registraba todo con probidad, sino porque son citas de segunda mano, que no tienen valor probatorio sino apenas ilustrativo — no se trata de textos publicados o aun de declaraciones a medios, sino de conversaciones privadas. ¿Quién de nosotros no ha dicho las cosas más abominables sobre los peronistas, o las mujeres, los hombres, los negros, los chinos, la pederastia, la trata de personas o los gordos, simplemente porque estaba entre amigos? Al convertir la palabra privada en palabra pública, el libro de Bioy le da una resonancia del todo impropcedente.

de los judíos — y si de antisemitismo se trata, éste era tanto o más marcado entre los militares que derrocaron a Perón y en la clase a la que Borges y Bioy pertenecían. "La fiesta del monstruo" no ayuda en mucho a entender el peronismo, pero es infinitamente rico en enseñanzas en lo que al gorilismo se refiere.

La noción del peronismo como 'piedra de toque' se aplica no sólo al presente y al futuro sino también a la historia anterior: "Para Borges el peronismo se convirtió con el tiempo en una vara casi excluyente con la que medía el pasado de la Argentina [...] Inventa entonces, según nos cuenta Bioy, la palabra *ur-peronista*".¹⁶⁶ Si en "Historia de la eternidad" se burlaba de las salvaciones y condenas en modo potencial ("Hércules convive en el cielo con Ulrich Zwingli porque Dios sabe que hubiera observado el año eclesiástico, la Hidra de Lerna queda relegada a las tinieblas exteriores porque le consta que hubiera rechazado el bautismo"), no le tiembla la mano a la hora de aplicárselas al peronismo — a veces con humor, pero nunca en broma —; así, condena a José Hernández: "Era federal. Hoy sería una especie de peronista",¹⁶⁷ y a su Martín Fierro: "Sería, si viviera en el contexto del peronismo, otro peronista más", y llega a sostener, de un comentario de Unamuno sobre *Martin Fierro*, que "bulle de peronismo *avant la lettre*".¹⁶⁸

La pregunta, ahora, es la siguiente: si lo que Borges necesitaba era un punto fijo en medio del caos multiplicatorio, un centro de laberinto que volviera el caos en cosmos, ¿por qué eligió el peronismo? ¿Por qué no el nazismo, el comunismo, el vegetarianismo, el futurismo, el sufismo o cualquiera de los tantos agrupamientos aleatorios en los cuales gustan de amucharse las gentes?

En este punto aparecen los argumentos *ad hominem*, algunos pertinentes — la pertenencia de clase de Borges, la humillación a que lo sometió el gobierno de Perón, nombrándolo inspector de gallinas (o de aves y conejos o de abejas, las versiones difieren),¹⁶⁹ el arresto

¹⁶⁶ Panesi, J., *ob. cit.*

¹⁶⁷ Revista *Primera Plana*, 30 de mayo de 1972. Citado por Galasso, N., *ob. cit.*

¹⁶⁸ En Bioy Casares, Adolfo, *Borges*, Buenos Aires, Destino, 2006.

¹⁶⁹ La investigación más exhaustiva sobre la cuestión ha sido realizada por Jorge B. Rivera. Véase su "Borges, Ficha 57.323", en Dubatti, Jorge (ed.), *Acerca de Borges*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1999.

domiciliario de su madre, la cárcel de Victoria Ocampo y de otros miembros de su grupo —, otros dispartados o malévolos — el supuesto odio o desprecio de Borges por lo popular y lo argentino —. Muchos de ellos — los de la primera lista — son irrefutables, y el propio Borges sería, y fue, el primero en admitirlos. Pero no alcanzan a satisfacer del todo. Así como el detective Lönnrot de “La muerte y la brújula” reclama, frente a un rabino muerto, “una explicación puramente rabínica”, yo reclamaré una explicación puramente borjeana del gorilismo¹⁷⁰ de Borges.

Una de las acusaciones más frecuentes que Borges lanza contra el peronismo es la de su carácter irreal, característica que comparte con el nazismo (“el nazismo adolece de irrealidad”),¹⁷¹ el arte (“Hladík preconizaba el verso porque impide que los espectadores olviden la irrealidad, que es condición del arte”)¹⁷² y el infierno (“el horror del infierno es su irrealidad”)¹⁷³. La inclusión de un término que Borges sin duda valoraba positivamente, el arte, en esta serie nefasta quizá requiera de alguna elucidación; de lo que abomina Borges es de la irrealidad del arte aplicada a la vida; de la vida, cuando usurpa las prerrogativas del arte. La otra acusación, tal vez un mero corolario de aquélla, que Borges hace al peronismo, es la de su carácter ilusorio, de mera representación o simulacro. Ambas acusaciones se conjugan magistralmente en un texto breve de 1957, titulado precisamente “El simulacro”; en julio de 1952, en el Chaco, un hombre que se hace pasar por Perón exhibe “un cajón de cartón con una muñeca de pelo rubio” y recibe las condolencias y contribuciones de los campesinos. Borges encuentra en esta historia “la cifra perfecta de una época irreal”:

¹⁷⁰ A lo largo de este capítulo utilizo las expresiones “gorila” y “gorilismo” en el sentido estricto de ‘antiperonismo’ no en el sentido extendido de ‘facho, reaccionario, derechista’ con que se usan a veces; pues este sentido ampliado, además de llevar a la contradicción de tildar a los peronistas de derecha de ‘gorilas’, daría la idea equivocada de que el gorilismo de Borges era sensible a las diferencias internas del movimiento, cuando lo cierto es que siempre detestó por igual a todos los peronistas sin distinción de banderías.

¹⁷¹ “Anotación al 23 de agosto de 1944.”

¹⁷² “El milagro secreto.”

¹⁷³ “Anotación al 23 de agosto de 1944.”

[...] como el reflejo de un sueño o como aquel drama en el drama, que se ve en *Hamlet*. El elutado no era Perón y la muñeca rubia no era la mujer Eva Duarte, pero tampoco Perón era Perón ni Eva era Eva sino desconocidos o anónimos (cuyo nombre secreto y cuyo rostro verdadero ignoramos) que figuraron, para el crédulo amor de los arrabales, una crasa mitología.

En este texto, Borges está elaborando una idea que ya había avanzado dos años antes en “*L’Illusion comique*”, que se publica en el significativo número de septiembre-octubre de 1955 de *Sur*, para festejar la caída de Perón:

Hubo así dos historias: una, de índole criminal, hecha de cárceles, torturas, prostituciones, robos, muertes e incendios; otra, de carácter escénico, hecha de necesidades y fábulas para consumo de patanes. Abordar el examen de la segunda, quizá no menos detestable que la primera, es el fin de esta página.¹⁷⁴

Esta ‘segunda historia’ resulta detestable no sólo por el uso de la ficción (ocultar crímenes atroces) sino también por su calidad; es una ficción mala, ‘crasa’, inverosímil; a lo largo del texto se repiten las frases que fundamentalmente acusan al peronismo de hacer *mala literatura*: “Más curioso fue el manejo político de los procedimientos del drama o del melodrama”. El 17 de octubre de 1945 se simuló que un coronel había sido arrestado y secuestrado y que el pueblo de Buenos Aires lo rescataba... “En un decurso de diez años las representaciones arreciaron abundantemente; con el tiempo fue creciendo el desdén por los prosaicos escrúpulos del realismo.”

Inútil multiplicar los ejemplos, básteme denunciar la ambigüedad de las ficciones del antiguo régimen, que no podían ser creídas y eran creídas. Se dirá que la rudeza del auditorio basta para justificar la contradicción, entiendo que su justificación es más honda. Ya Cole-

¹⁷⁴ Borges, Jorge Luis, “*L’Illusion comique*”, *Sur*, n° 237, Buenos Aires, septiembre-octubre de 1955.

ridge habló de la *willing suspension of disbelief* (voluntaria suspensión de la incredulidad) que constituye la fe poética; ya Samuel Johnson observó en defensa de Shakespeare que los espectadores de una tragedia no creen que están en Alejandría en el primer acto y en Roma el segundo pero condescienden al agrado de una ficción. Parejamente, las mentiras de la dictadura no eran creídas o descreídas, pertenecen a un plano intermedio y su propósito era encubrir o justificar sórdidas o atroces realidades. Pertenecían al orden de lo patético y de lo burdamente sentimental; felizmente para la lucidez y la seguridad de los argentinos, el régimen actual ha comprendido que la función de gobernar no es patética.

Lo patético, asociado con la función de gobernar, es otro vínculo entre peronismo y nazismo. El doctor Eduardo Zimmermann, en "Gua-yaquil", es un historiador alemán "arrojado de su país por el Tercer Reich" que escribe

[...] una suerte de ensayo que sostiene que el gobierno no debe ser una función visible y patética. Este alegato mereció la refutación decisiva de Martín Heidegger, que demostró, mediante fotocopias de los titulares de los periódicos, que el moderno jefe de Estado, lejos de ser anónimo, es más bien el protagonista, el corega, el David danzante, que mima el drama de su pueblo, asistido de la pompa escénica y recurriendo, sin vacilar, a las hipótesis del arte oratorio.

Paralelamente, en "*L'illusion comique*", Borges abomina de la teatralidad, de la visibilidad, del personalismo, de la emotividad del peronismo. En tanto anarquista, había preconizado una y otra vez como ideal "un mínimo de gobierno"; en tanto liberal, propone que ese mínimo sea también invisible. La Revolución Libertadora de 1955, con cuyos objetivos y métodos coincidía Borges sin reservas, se entregaría a un furor iconoclasta en el cual toda representación de la pareja presidencial y de sus símbolos, fuera verbal o icónica, debía ser borrada de la faz de la tierra. No alcanzaba con que el peronismo dejara de ser; su objetivo de máxima era lograr que nunca hubiera sido, borrarlo no sólo de la realidad sino de la imaginación y del recuerdo. La postulada 'irrealidad' del peronismo le permitía a Borges soñar con esta utopía, como en este texto de 1957, titulado "Martín Fierro":

Dos tiranías hubo aquí. Durante la primera, unos hombres, desde el pescante de un carro que salía del mercado del Plata, pragonaron duraznos blancos y amarillos; un chico levantó una punta de la lona que los cubría y vio cabezas unitarias con la barba sangrienta. La segunda fue para muchos cárcel y muerte; para todos un malestar, un sabor de oprobio en los actos de cada día, una humillación incesante. Estas cosas, ahora, son como si no hubieran sido.

En 1957 podía imaginar que el peronismo estaba tan muerto y enterrado como el rosismo, pero el diagnóstico, como la obstinada realidad del peronismo se encargaría de demostrarle, no pasaría de *wishful thinking*.

Otro escritor de la época que entendió el peronismo en términos de ilusión y teatralidad fue Julio Cortázar; el protagonista de su cuento "La banda", Lucio Medina, concurre en febrero de 1947 al Gran Cine Opera para ver una película de Anatole Litvak, pero en lugar de la película sube a escena la Banda de Alpargatas, una orquesta femenina que "era un enorme camelo, pues de sus ciento y pico integrantes sólo una tercera parte tocaba los instrumentos", pero aun así es entusiastamente aplaudida por "señoras preponderantemente obesas" con "el cutis y el atuendo de respetables cocineras endominguadas [...] acompañadas por una prole más o menos numerosa". Y entonces Medina tiene su epifanía peronista:

De pronto le pareció entender aquello en términos que lo excedían infinitamente. Sintió como si le hubiera sido dado ver al fin la realidad. Un momento de la realidad que le había parecido falsa porque era la verdadera, la que ahora ya no estaba viendo. Lo que acababa de presenciar era lo cierto, es decir, lo falso.

Pero aquí, donde parece haber máxima coincidencia con Borges, aparece la máxima diferencia. Para Borges lo que parecía real se revela como falso, teatral, simulacro; la función llega a su fin el 16 de septiembre de 1955, el peronismo era una pesadilla de la que podemos despertar (Borges no podía tener epifanías peronistas, sólo gorilas). En Cortázar, lo que parecía falso (el peronismo) se revela como verdadero, y lo que parecía verdadero —la Argentina como país civili-

zado donde la gente concurre al cine para ver películas de Anatole Litvak — es una tenue ilusión apabullada por el bochinche de la Banda de Alpargatas. Perseguido por esta revelación, Lucio Medina se va del país, a 'Roma o Birmingham', a lugares donde la realidad pueda consistir en ir al cine a ver películas de Litvak. La historia, por supuesto — se considere al peronismo pesadilla o sueño realizado — daría la razón a Cortázar.

El 17 de octubre, que Borges ve como farsa y simulacro, es descrito así por Ezequiel Martínez Estrada en su apropiadamente titulada *¿Qué es esto? Catilinaria*:

Perón nos reveló no al pueblo, sino a una zona del pueblo que, efectivamente, nos parecía extraño y extranjero. El 17 de octubre volcó a las calles un sedimento social que nadie había reconocido. Parecía una invasión de gentes de otro país hablando otro idioma, vistiendo trajes exóticos, y sin embargo, eran nuestros hermanos harapientos...

La frase "qué es esto" puede usarse en dos sentidos distintos, a veces antagónicos; uno es la pregunta sincera (¿qué es esto?) y el otro, la exclamación de indignación moral, generalmente precedida de 'pero': '[Pero] qué es esto!' Si bien el subtítulo 'Catilinaria' apunta a este segundo sentido, el que predomina en el incontinentemente abrupto de Martínez Estrada — que tiene más de un punto en común con "La fiesta del monstruo"; al parecer uno de los efectos más notables del peronismo es el de enloquecer el lenguaje de sus adversarios —, hay momentos, como el citado, en que se abre paso el primero. Martínez Estrada ve eso nuevo que ha invadido la plaza, *acepta su realidad*, y se pregunta, sinceramente, 'qué es esto' que está ahí ante sus ojos. Borges es constitutivamente incapaz de hacerse esa pregunta.

La obra teatral *Borges y Perón*, del uruguayo Enrique Estrázulas, pone en escena el encuentro imaginario y el diálogo imposible entre ambos personajes (más imposible, habría que aclarar, del lado de Borges que del de Perón, que en estas cosas se mostraba siempre más campechano que fanático). Más que el contenido de la obra, lo que me llama la atención es la propuesta, o más bien la premisa: la idea de que pueda colocarse en un plano de igualdad a un político que

cambió para siempre la realidad y la idea del país y a un escritor que garabató unas cuantas páginas. ¿No son entidades de distinto orden? ¿O nos tomaremos en serio por una vez la premisa de este libro, y afirmaremos que la literatura es tan poderosa, a la hora de influir sobre la realidad del país, como la política de Estado? ¿No sería más sensato escribir una obra titulada 'Perón y Balbín' y otra 'Borges y Arlt', por ejemplo? Estos dos ejemplos demuestran que no. No hay ningún político argentino que pueda ponerse al lado de Perón, como tampoco un escritor que pueda parangonarse a Borges. Considerado desde una perspectiva mundial, el peronismo es la única idea política que la Argentina ha tenido en sus doscientos años de historia — más allá de que se la considere una idea buena o una mala —, y Borges es el único escritor que la Argentina ha dado a la literatura mundial (el único escritor argentino sin el cual la literatura mundial sería otra cosa de la que es). En esa dimensión, al menos, son sin duda conmensurables.

No es la primera vez que observamos, en nuestra historia, este empardamiento del escritor y el estadista; ya lo vimos en el caso de Sarmiento y Rosas, y en aquel caso, como en el de Borges y Perón, la construcción era en principio una fabricación del escritor, quien creaba una ficción de oposición que el 'tirano', al responderle, convertiría en verdadera (con la diferencia, no menor, de que Sarmiento aspiraba a *reemplazar* a Rosas). En la construcción de este lugar, el *role-model* de Borges es sin duda Sarmiento. Me apresuro a aclarar que no estoy sugiriendo que la 'cíclica batalla' entre civilización y barbarie revive en la oposición Perón-Borges: dejo tales fantasías para las cíclicas batallas entre liberales y revisionistas. Propongo algo menos metafísico; en la construcción de su duelo con Perón, Borges recurre deliberadamente al modelo sarmientino; si Perón es Rosas, él será Sarmiento. Que Borges creyera — en algunos de sus textos — en estas recurrencias cíclicas y en la reencarnación de la figura de Sarmiento en la suya, le da más potencia retórica a sus argumentos:

Es él. Es el testigo de la patria, / el que ve nuestra infamia y nuestra gloria, / la luz de mayo y el horror de Rosas / y el otro horror y los secretos días / del minucioso porvenir. Es alguien / que sigue odiando, amando y combatiendo. / Sé que en aquellas albas de septiembre /

que nadie olvidará y que nadie puede contar/ lo hemos sentido [...] Sarmiento el soñador sigue soñándonos. ["Sarmiento"]¹⁷⁵

El "otro horror", qué duda cabe, es el peronismo, y septiembre, para Borges, es el mes más gorila, cuando del peronismo se trata: "las albas de septiembre", en otros textos "las lluvias de septiembre", son las de la Revolución Libertadora. Y en el significativo año de 1972 dirá al diario *La Razón*:

Sarmiento es un contemporáneo, está en la batalla, al lado nuestro; si bien las formas actuales de la barbarie son distintas, están ahí.

El cuento era tan bueno que hasta los peronistas se lo creyeron; el padre Hernán Benítez, confesor de Eva Perón, le escribe:

De sus libros, Borges, no se recogen sentimientos que nos consuelen de nuestra angustia y de nuestras preocupaciones vitales. [...] Ha tenido usted, en lo literario, las posibilidades de Perón en lo político. Por eso me pregunto si su resentimiento contra Perón no le brotará de un freudiano resentimiento contra usted mismo.

Y como si no alcanzara con parangonarlo con Perón, el padre Benítez agrega al Che Guevara: "¿A quién cree usted, Borges, que admirará la mayoría de los argentinos en el año 2000?, ¿a usted o al Che Guevara?"¹⁷⁶ En línea con el maniqueísmo que Sarmiento nos inculca y Borges cada tanto refrenda, al padre Benítez no se le pasa por la cabeza la posibilidad de que los argentinos del 2000 puedan admirar a ambos. Su honestidad intelectual le permite, sin embargo, evitar el triste subterfugio de los mediocres que descubren que las ideas de Borges no coinciden con las suyas e *ípedo facto* diagnostican que se trata de un mal escritor; reconoce que es una figura que estaba —o, según él, que pudo haber estado— a la altura de Perón. David Viñas, en un artículo publicado en 1981 por *Les Temps Modernes*,

¹⁷⁵ Posteriormente incluido en *El otro, el mismo* (1964), Buenos Aires, Emecé, 1969.

¹⁷⁶ Citado en Galasso, N., *ob. cit.*

desarrolla la intuición del padre Benítez pasando revista a las similitudes estructurales, antes que a las diferencias obvias, entre Borges y Perón, y concluye pensando a ambos desde la lógica combinatoria:

Borges y Perón 'son dos burgueses'. Dos grandes burgueses. Y si se quiere, los dos burgueses más célebres que ha producido Argentina. Con ellos culminan la literatura y la política concebidas en el núcleo programático inicial de 1845, dado que Perón y Borges son la concreción perfecta de esta conciencia posible. Lo que quiero decir es que las variantes a las que puede llegar el pensamiento burgués son infinitas. Infinitas sus posibilidades de combinación, pero finitos los ingredientes a partir de los cuales han sido formuladas la teoría y la proposición programática; y, lo que hoy me preocupa, agotadas.

Muchos de los hombres que a partir de 1845, o tal vez de 1852, empezaron a decidir sobre los destinos nacionales habían sido hasta esa fecha predominantemente escritores; la literatura y el periodismo eran su manera de hacer política y vivieron la entrada en el mundo de la política como una continuación natural y una consecuencia lógica de sus tareas literarias y periodísticas, la política como continuación de la literatura por otros medios. Hasta la época del Centenario, los escritores son políticos y los políticos son escritores; como resume un personaje de "Fotos" de Rodolfo Walsh: "Política, ¿eh? No olvide las musas. Nuestros grandes políticos llevaban un tintero en el chaleco". El radicalismo ofrece la novedad de una política que ya no se deja escribir por la vieja literatura, y las aguas empiezan a dividirse; los políticos y las musas reconocen sus legítimos fueros pero ya no se acuestan juntos. Aparecen los escritores profesionales y también los políticos profesionales, cuyas credenciales se basan en el trabajo efectivo antes que en apellidos o antiguas fortunas; los de Arlt e Yrigoyen son los casos más notables, pero distan de ser los únicos.

El paso siguiente lo dará el peronismo, que ya no se declarará diferente sino indiferente y hasta hostil a la literatura. El peronismo no sólo consiste en acción de gobierno, también desarrolla un relato nuevo que no es una mera continuación o traducción del relato de los orígenes; se crea una batería de símbolos, eslóganes y emblemas, construye una imagen, es decir una ficción, de un país posible —la

revista *Mundo Peronista* propone, ya desde el título, que la Argentina es sólo el primer paso: es la Enciclopedia de Tlön de los peronistas —, ¹⁷⁷ reescribe el mapa de la patria, dotándolo de nuevos nombres, escribe una novela en la que Perón y Eva son los protagonistas excluyentes; funda, como Borges señala, una mitología, no por crasa menos creída. En suma, el peronismo es él mismo una literatura y no necesita de otra que le haga sombra, ni que lo acompañe siquiera. De hecho, podría afirmarse sin temor a exagerar que la frase 'escritor peronista' es una *contradictio in adjecto* o un oxímoron; no porque los peronistas sean brutos, bárbaros, incultos o prefieran las alpargatas a los libros — como les gustaba y les gusta repetir a sus detractores —, sino porque el peronismo viene a reemplazar a la literatura, la vuelve superflua. Una de las manifestaciones más radicales de esta prescindencia es su costumbre de decirles a los representantes de la 'otra' literatura que se vayan a hacer puñetas; el peronismo, más que combatir u hostigar a los escritores — que es lo que ellos quisieran — los ningunea, como Urquiza hacía con Sarmiento; mucho más irritante, para Sarmiento, que la persecución de Rosas. Por algo el nombramiento de Borges como inspector de aves de corral ha quedado como símbolo y cifra de una convivencia imposible (Ricardo Piglia no pierde oportunidad de festejar esta broma tan borgeana, y propone que el funcionario responsable debe de haber leído "Arte de injuriar"). ¹⁷⁸ Por eso en última instancia al peronismo de entonces le da más o menos lo mismo que los escritores sean leales u opositores. Plumíferos, tinterillos, escribas; tanto da Marechal como Borges. Después, a partir de los años sesenta, los escritores empezarán a adherir al peronismo, aunque el peronismo siga ignorándolos; sólo que ahora este ninguneo será justificado por

¹⁷⁷ "No hay que perder de vista la idea final de Perón, que era la construcción de un mundo que sería un mundo peronista. En algunas viñetas que delatan evidentemente que de alguna manera estuvo la mano de Perón, como una donde está el escudo justicialista iluminando el mundo y dice 'el mundo se convierte', que era una sección fija de la revista *Mundo Peronista*. [...] Entonces la idea de Perón era hacer del justicialismo un movimiento universal." Santoro, Daniel, *Manual del niño peronista*, Buenos Aires, La Marca, 2002.

¹⁷⁸ Por ejemplo, en "Borges por Piglia", clase 4 (TV Pública y Biblioteca Nacional, 2014).

ellos como el justo castigo por sus culpas individuales o de clase, e internalizado como duda, vergüenza y desprecio por su oficio. En este combo confluyeron, además, el pensamiento nacionalista, con su división neta del campo intelectual en patriotas y cipayos, y la inclusión de la mayoría de los escritores entre estos últimos, y el creciente antiintelectualismo de la izquierda, motorizado por la revolución cubana. ¹⁷⁹ Rodolfo Walsh, que sufrió todo esto en carne propia, le confesaría en marzo de 1970 a Ricardo Piglia en famosa entrevista, hablando de Borges con reprobación pero también con algo de envidia:

Borges preservó su literatura confesándose de derecha, que es una actitud lícita para preservar su literatura y él no tiene ningún problema de conciencia. Vos viste que desde la derecha no hay ningún problema para seguir haciendo literatura. ¹⁸⁰

Desde los años treinta al menos, y con renovados bríos desde los sesenta, pegarle a Borges desde la izquierda, el nacionalismo o el peronismo se convirtió en uno de los grandes deportes de la cultura nacional. Borges, con esa pasión por la pendencia que lo caracterizaba, siempre recogió el guante que sus adversarios le arrojaban y muchas veces sobreactuó el personaje, para provocarlos, burlarse de ellos y darles letra. A partir de los años ochenta, la canonización de Borges ha hecho cada vez más difícil la crítica directa, y han surgido intentos de disculparlo; su conservadurismo sería una imposición de su madre, la dominante y castradora doña Leonor — cuando es sabido que la dominante y castradora doña Leonor, de notorias simpatías radicales, lo *criticó* por afiliarse al Partido Conservador —. O de cargarle el fardo a otros; en su libro, Norberto Galasso le echa la culpa del abandono de sus posturas nacionales y populares a la oligarquía, el imperialismo, la revista *Sur* y, más específicamente, al pobre de Bioy (cuando está claro que, en lo que al gorilismo respec-

¹⁷⁹ Véase Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

¹⁸⁰ Walsh, Rodolfo, *Ese hombre y otros papeles personales*, Daniel Link (ed.), Buenos Aires, Seix Barral, 1996.

ta, Bioy al lado de Borges era un monito titi). Lo cierto es que Borges siempre asumió su gorilismo de manera gozosa y consciente, y no abjuró de él ni siquiera en los últimos años. La palinodia en que se disculpa de sus anteriores exabruptos antidemocráticos, la ya citada nota del 22 de diciembre de 1983, es relativa; Borges se siente 'refutado' por la democracia argentina porque ganaron los radicales y no los peronistas, ¿debemos suponer entonces que si hubieran ganado los peronistas, se habría sentido 'confirmado' en su dictamen de 1976? Lo que escribe a continuación es deliberadamente ambiguo, sobre todo porque Borges se complace — a tono con la estrategia electoral del radicalismo — en confundir a peronistas y militares en una figura compuesta:

[...] es casi una blasfemia pensar que lo que nos dio aquella fecha fue la victoria de un partido y la derrota de otro. Nos enfrentaba un caos que, aquel día, tomó la decisión de ser un cosmos. [...] Nadie ignora las formas que asumió esa pesadilla obstinada. El horror público de las bombas, el horror clandestino de los secuestros, de las torturas y de las muertes, la ruina ética y económica, la corrupción, el hábito de la deshonra, las bravatas, la más misteriosa, ya que no la más larga, de las guerras que registra la historia.

Resulta difícil encontrar la punta del ovillo. ¿La opción entre caos y cosmos refiere a la opción entre dictadura y democracia, o entre peronismo y radicalismo? ¿La pesadilla es únicamente la de la dictadura, o la del gobierno peronista que la precedió? Si el último término de la lista, la 'misteriosa guerra', apunta indudablemente a los militares, el primero, las bombas, alude de modo igualmente inequívoco a la guerrilla, y los que están en el medio podrían funcionar igualmente bien para el gobierno militar como para el peronista que lo precedió.

Para las mismas fechas, en una entrevista publicada por la revista *Gente* el 15 de diciembre de 1983, comenta, tras un encuentro con el nuevo presidente:

[...] estaba con una emoción increíble y sigo todavía maravillado de que haya ocurrido esto. Estaba seguro de que ocurriría lo contrario, que ganarían los peronistas; tenía miedo de volver al país.

Pero en la misma entrevista afirma haberse sentido defraudado por la Revolución Libertadora, y señala la diferencia entre aquélla y el momento presente ("ésta es una decisión que ha tomado el pueblo argentino"); y cuando le comentan que Alfonsín lo ha invitado a la ceremonia de asunción, responde: "Eso está muy bien. Lo mismo que la haya invitado a Isabel", y aclara, para que no queden dudas, que "fue presidente constitucional. Creo que corresponde la invitación". Esta ecuanimidad es tanto más sorprendente cuando recordamos que, para Borges, Perón nunca fue otra cosa que un tirano y un dictador, y Eva una prostituta a la cual ni siquiera le reconoció su condición de mujer casada: en "El simulacro" la llama deliberadamente "la mujer Eva Duarte". Beatriz Sarlo, en *La pasión y la excepción*, llama la atención sobre este injustificable insulto: "Se trata de una sospecha y de una injuria sobre la legalidad del vínculo que unía a Eva con su esposo". Aunque sabiendo lo taimado que podía ser Borges, también cabe pensar que tales contemplaciones hacia Isabel, una figura del peronismo a la cual todos los peronistas sin distinción de banderías le escapaban y escapan como a la peste, haya sido una forma diabólica de burla.

En otros momentos de la entrevista se refiere a los desaparecidos, las visitas que le hicieron las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, a la necesidad de realizar los juicios públicos a los militares involucrados en violaciones a los derechos humanos:

[...] en este caso si no se hiciera justicia es una forma de complicidad. [...] Creo que esa justicia tiene que ser pública. Lo que ha ocurrido aquí es realmente terrible. Cuando Hitler resolvió perseguir a los judíos, eso se hizo públicamente. Aquí todo se hizo clandestinamente. Creo que uno de los mayores defectos argentinos es la hipocresía. No importa que las cosas sucedan, lo importante es que no se sepa.

Borges no se quedó en declaraciones; el 22 de julio de 1985 concurrió al Juicio a las Juntas y escribió un texto sobre su experiencia, que fue publicado por el diario *Clarín*.

El poeta Juan Gelman, de quien no pueden sospecharse contemplaciones hacia la dictadura y sus secuaces, destacó el gesto de Borges en un texto significativamente titulado "Borges o el valor". En

éste pasa revista a la doble mitología de compadritos y cuchilleros, de guerreros anglosajones y celtas, nos recuerda que Borges siempre admitió no poseer el coraje de los guapos de sus cuentos, y luego concluye:

Es conocido el despiste y aun horror de las opiniones políticas de Borges. Elogió a Videla después de memorable almuerzo, se dejó condecorar por Pinochet, opinó en la España posfranquista que todo era mejor con Franco, decidió que a James Carter había que proponerle un golpe de Estado. Pero en 1981, en plena dictadura militar y antes de la guerra de las Malvinas, firmó la solicitud que las Madres de Plaza de Mayo lograron publicar en *La Prensa* en reclamo de sus hijos desaparecidos. A un agente de los servicios, presunto locutor, que lo interrogó al respecto a micrófono abierto, Borges confirmó que había dado su firma para la solicitud y la audición se interrumpió abruptamente. A diferencia de otros intelectuales, que nunca supieron reconocer sus agachadas frente a la dictadura militar, Borges reconoció sus errores; en el documental mencionado¹⁸¹ aclaró: "Al ser ciego y no leer los diarios, yo era muy ignorante. Pero la gente viene a mi casa, a contarme historias tristes sobre la desaparición de sus hijas, esposas, hijos, así que ahora estoy bien enterado. [...] Sí, mucha gente me ha acusado de no estar al día. Pero, ¿qué podía hacer yo? Vivo solo, no conozco mucha gente, no leo los diarios. Sólo escucho lo que mis amigos me dicen y ellos pertenecen a otra clase".

Y luego de destacar que Borges defendió públicamente a Julio Cortázar tras su muerte en 1984, cuando muchos aprovechaban la oportunidad para criticarlo y 'despegarse' de sus posiciones de izquierda y pro cubanas, Gelman concluye: "Así responde la grandeza a la mezquindad, y a la cobardía, el valor verdadero"¹⁸².

No hay, en todo esto, mucha confusión posible; Borges abjuró

¹⁸¹ Gelman se refiere a un documental de Arts International grabado en 1982, es decir, mientras la dictadura seguía en el poder.

¹⁸² Publicado originalmente en *Página/12*, 1993. Includo en Lafforgue, Martín (ed.), *Antiborges*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1999.

categoricamente de sus posturas y de sus declaraciones antidemocráticas y de apoyo a la dictadura, nunca de su antiperonismo. ¿Significa esto que los peronistas no deben leerlo, que "es el escritor de los otros, y punto", como me retrucó una vez el oyente de un programa de radio en el que yo hablaba elogiosamente de Borges? Leonardo Favio lo admiraba enormemente y siempre andaba con sus libros encima. De todos modos, lo más penoso, en estas polémicas, no son las 'denuncias' del gorilismo de Borges —chocolate por la noticia— sino el derecho, que se arrogaron algunos intelectuales como Jorge Abelardo Ramos, Juan José Hernández Arregui y otros, de condenar su literatura en nombre de sus posturas y declaraciones políticas. En "La literatura y la izquierda", George Orwell propone:

[...] decir "X es un escritor de talento, pero como es mi enemigo político haré lo posible por silenciarlo" es bastante inofensivo. Aun si se termina silenciándolo con una ametralladora, no constituye un pecado contra el intelecto. El pecado mortal es decir: "X es un enemigo político; por lo tanto, es un mal escritor".

La literatura no es un partido de fútbol ni una elección partidaria; lo que importa no es si el escritor está de nuestro lado o del contrario, sino qué zonas de la realidad su escritura ilumina; bien puede iluminar la nuestra, precisamente porque abomina de ella. Cortázar, a pesar de sus imposibilidades y limitaciones, o sobre todo a causa de ellas, ayuda a entender —y aun a justificar— el peronismo; Borges hace lo propio con el gorilismo, que es el misterio más oscuro, y sin el cual intentar comprender el peronismo sería tarea vana. Ambos, desde la radicalidad que les permitía a uno su perplejidad y al otro su intransigencia, lo iluminan más y mejor que muchos intelectuales favorables al movimiento y a su ideología. Cabe recordar, también, que los tiempos de la literatura, al menos los de la buena, son más largos que los de la vida y la política. Andando el tiempo, acusar a Borges de gorila resultará tan ocioso como resultaría, hoy, acusar a Dante de güelfo.